

Índice

	Prólogo	9
	<i>Rosanna Arango Escursà y Merche Navarro Beresaluce</i>	
	Introducción	11
	<i>Daniel Climent Giner y Carles Martín Cantarino</i>	
	Contexto histórico y surgimiento de una burguesía comercial (1882-1918) . . .	13
	<i>Verónica Quiles López y David Beltrá Torregrosa</i>	
	Retrato de una ciudad de la <i>belle époque</i>, su ensanche y su arquitectura . . .	27
	<i>Andrés Martínez-Medina</i>	
	Naturaleza y símbolo en el modernismo de Novelda	53
	<i>Daniel Climent y Carles Martín</i>	
	Itinerario urbano por la Novelda modernista	97
	<i>Daniel Andrés Díaz y Concepción Navarro Poveda</i>	
	Libros y vídeos	111
	Otras construcciones modernistas en el valle del Vinalopó	113

Prólogo

Rosanna Arango Escursà
Merche Navarro Beresaluze

Desde tiempo inmemorial, el mundo vegetal y animal ha formado parte de nuestro imaginario: mitos, leyendas, ritos, tradiciones... También el modernismo tuvo como fuente de inspiración este mundo natural que ya había seducido a otras culturas, especialmente la clásica y la oriental, culturas que también pasarían a nutrirlo.

Este movimiento *floreale* (floral) o *lilienstil* (del lirio), como se denomina en algunos lugares, tiene la máxima expresión artística con las flores como recurso decorativo, sin duda uno de los legados más bellos que hemos heredado. Así lo entendieron también tanto los particulares que encargaban los trabajos como los arquitectos y artesanos: la naturaleza, que, hundiendo las raíces en la tierra, crecía y se elevaba arquitectónicamente. Una naturaleza que «ajardinaba» idílicamente los espacios interiores y los dotaba de vida, de belleza, de sensualidad. Un arte que estaba en muchos casos impregnado de un simbolismo que pocos saben ya interpretar y que este libro recoge e intenta explicar: leer la historia que nos relatan los elementos naturales es recuperar un patrimonio contextual y cultural de gran valor.

También es un homenaje a las personas emprendedoras y con sensibilidad que nos dejaron este patrimonio

artístico, fruto de su pujanza económica y mercantil en los sectores vitivinícola y de exportación de especies, fundamentalmente.

Este movimiento también podría haberse denominado *naturale* por la gran importancia que la naturaleza tuvo para los creadores y seguidores, y es que, tanto en el pasado como en el presente, la naturaleza nos nutre físicamente, pero también nos alimenta anímicamente, y porque tanto antes como ahora, el arte sigue siendo el vehículo más puro para plasmarla.

El modernismo cambió la fisonomía de las ciudades y las convirtió en auténticos paraísos de arte, a través de un entramado de magníficos artesanos, arquitectos y artistas, en una visión cosmopolita de la sociedad y el mundo cultural. Novelda y otras poblaciones del sur valenciano son un vivo ejemplo de esta nueva visión en la que se fusionan el arte, la economía y la sociedad de la época.

Con esta publicación, los autores relatan, con total sensibilidad y acierto, y ponen en valor infinidad de acontecimientos históricos que hicieron posible que Novelda brille con luz propia en el panorama internacional en un periodo de la historia tan importante. Por eso Novelda está incluida, junto con Alcoy, en la Ruta Europea del Modernismo

(www.artnouveau.eu). El gusto por el modernismo o *art nouveau* se deja ver en otras muchas ciudades del sur valenciano, como Villena, Elche, Elda, Sax, Aspe, Orihuela, Crevillent, etc.

Además de los autores de los artículos, hemos contado con la inestimable colaboración de investigadores y especialistas, a los cuales queremos expresar nuestro agradecimiento.

Por el trabajo de rutas modernistas por otras ciudades del Vinalopó, a Gregorio Alemany García, Jesús García Guardiola y Elia San Roque García.

Por las consultas, a Augusto Beltrá Jover, Pau Herrero i Jover, Gaspar Jaén i Urban y Bienvenido Mas Belén.

Por el acceso a sus archivos, a Pau Herrero i Jover, José Fernando Martínez (Charly Rebel), José Eugenio Pérez Flores i Vicent Pina Pastor, al Museo Comercial de Alicante y Provincia, al Archivo

Histórico y al Museo Histórico Artístico de Novelda.

Por las fotografías, a Ramiro Verdú por la de cubierta, a David Miralles, a Elia Alberola, José Piqueras y Llorenç Pizà, a Alicante Quid, a Margarita Soler, y, muy especialmente, a Vicent Pina por haber aceptado formar parte del equipo desde el primer momento.

A las familias Sala y Belló (casa Belló), Marco Chorro (casa Mira) y Torregrosa (casa Torregrosa Seller) y a la Fundación Caja Mediterráneo (Casa Museo Modernista) por habernos dado acceso a tan maravillosos espacios.

También queremos dar las gracias por su colaboración a los ayuntamientos de Alcoy, Elda, Elche y Novelda (Centro Cultural Gómez-Tortosa), al Museo Histórico de Aspe, al Casal Festero, al Casino de Novelda y a las oficinas de Turismo de Alcoy, Alicante, Elche y Novelda.



Techo de la casa Torregrosa. Foto: A. M. Medina.

Introducción

Daniel Climent Giner

Catedrático de secundaria

Carles Martín Cantarino

Universidad de Alicante

Entre la segunda mitad del siglo XIX y el primer cuarto del XX se desarrolló en la Europa occidental y algunos países de América un movimiento cultural que buscaba nuevas formas expresivas en todas las manifestaciones del arte y el pensamiento. Nosotros lo conocemos como modernismo, pero en otros países y lenguas recibió nombres diferentes, además de peculiaridades estilísticas territoriales: *modernisme* en catalán, *art nouveau* en Francia y Bélgica, *nieuwe kunst* en los Países Bajos, *Modern Style* en la Gran Bretaña, *Tiffany* en los Estados Unidos, *Sezessionstil* en Austria, *Jugendstil* en Alemania, Dinamarca y Noruega, etc.

Si bien todas las artes participaron en este movimiento, de la literatura a la música, fue en la arquitectura y en las artes decorativas y gráficas y en el diseño de interiores donde el movimiento logró las máximas cuotas de excelencia y por las cuales se identifica fácilmente. Y dentro de las artes plásticas, el modernismo no solo destacó en las llamadas «artes mayores» –arquitectura, escultura y pintura–, sino también en las «menores»: las aplicadas y decorativas.

Por las diferentes escalas de observación transitaban formas artísticas

congruentes entre sí, desde el aspecto de los edificios hasta los mosaicos, vidrieras, esculturas y relieves esculpidos en las fachadas; o las rejas, los remates o la crestería de los inmuebles; o los estucos, la vidriería, la cerámica, el hierro forjado, las molduras, la ebanistería, el papel pintado o los azulejos que ornaban los interiores, o la orfebrería, la joyería, cristalería, lámparas y todo tipo de utensilios domésticos.

Era un estilo con voluntad de arte integral, total, y accesible a todo el público a través de los objetos de la vida cotidiana y el uso masivo de la litografía en cartelería, anuncios publicitarios, envases comerciales y exlibris, por no hablar del mobiliario urbano, desde los quioscos hasta las estaciones de ferrocarril y de metro, farolas, bancos, papeleras, urinarios...

Quizás por primera vez en la historia del arte toda la sociedad se podía encontrar invitada a participar en este festival de belleza original –y al mismo tiempo transgresora– en el que hasta los objetos más inmediatos podían lograr valor estético y accesible a toda la población sin pagar por ello el precio social de la producción masiva uniformizadora y esquiva del buen trabajo artesanal.

En cierta medida, todo un estilo marcado ideológicamente por un canto a la diversidad y la heterogeneidad en el que tanto el artista como el artesano y el técnico podían confluír y crear espacios con los que mejorar una realidad industrial y urbana que parecía condenada a la banalidad, la homogeneidad y el aburrimiento de la repetición de productos en serie desprovistos de alma. Y el modernismo era todo lo contrario: un estallido de imaginación multicolor, de sinuosidades acopladas, de canto a la vida y al arte. Y también, en lugares como Cataluña, imbricado con el movimiento politicocultural que aspiraba a transformar la sociedad y conseguir una cultura moderna y nacional a la vez que europea, aspiración que en el País Valenciano solo se dio de manera embrionaria.

El modernismo se inspiró en gran parte en las propuestas estéticas de John Ruskin y William Morris, críticos de arte y reformadores sociales integrados en la Hermandad Prerrafaelita inglesa, un movimiento que rechazaba la producción industrial en las artes decorativas y la arquitectura, que propugnaba que los artesanos merecían el rango de artistas y que cuajó en el movimiento Arts and Crafts (artes y oficios), antecesor del modernismo en la intención de crear un arte y un entorno urbano libre y moderno

que representara una ruptura con los estilos dominantes en la época, tanto los de tradición academicista (historicismo, eclecticismo) como los rupturistas (realismo, impresionismo). Y todo esto en la medida en que predominaba la mimesis o imitación de la naturaleza, o al menos la inspiración en ella, con las formas marcadas, los colores vivos y la concepción del arte como partícipe necesario para formar entornos urbanos de calidad.

A pesar de que los propietarios de los inmuebles modernistas solían ser los miembros más preparados de la alta burguesía urbana, las ideas de los promotores de este movimiento artístico apuntaban que los beneficiarios de la contemplación, el goce y placer estético, o el uso a menor escala, podían ser las otras clases sociales, en la medida que consideraban que el arte tiene que ser accesible a todo el mundo si es capaz de maravillar a cualquier persona con sensibilidad, y no tan solo a las élites.

En el País Valenciano, el modernismo logró notables cuotas de calidad en las ciudades económicamente líderes y más abiertas a la industria, el comercio, la agricultura moderna (arroz, naranja, uva) y la exportación (mármol, azafrán, textil, vino), como son los casos de Alicante, Alcoy, Alzira, Borriana, Carcaixent, Castelló, Sueca, València y, por supuesto, Novelda.



Despacho y recibidor de la Casa Museo Modernista. Fotos: J. Piqueras y L. Pizà.